

Hermana para ocultar de ese modo su nombre?.. Y para mí será un nombre desconocido... Teresa ó Juana, Antonia ó Manuela, no importan nada si no se conoce á la persona.

— Ciertamente — replica el maestro, — y por lo mismo, llámela usted Juana ó Antonia, Manuela ó Teresa, ¿qué más le da, si la persona le es desconocida?

Ninguno de los dos había visto á Luis, que acababa de llegar, deteniéndose en el quicio de la puerta, desde donde pudo oír las últimas palabras de Montero y la réplica del maestro. Éste añade:

— Imagínese usted que es una mujer, más aún, una Hermana de la Caridad... no puedo decir más.

Aquí Luis los interrumpe diciendo:

— Montero..., ¡qué curioso eres! Maestro, es usted demasiado escrupuloso... La mujer cuyo nombre quieres averiguar te es conocida, puesto que tú conoces á todo el mundo. Aguza, pues, el ingenio, y vamos á ver si la adivinas.

## CAPÍTULO IV

### LAS DOS CARTAS

No era el talento de Montero un talento, digámoslo así, especulativo, porque precisamente la reflexión era contraria á la índole de su genio; lo que no comprendía pronto, no lo comprendía nunca. Lo que Alejandro hizo delante de la ciudad de Gordios por desdén, lo hubiera hecho Montero por impaciencia; habría confiado al filo de su espada la resolución del problema, y habría partido el nudo famoso como el hijo de Filipo, exclamando: Lo mismo da deshacerlo que cortarlo.

Su pensamiento participaba de la prontitud ejecutiva de la pólvora; en él eran dos actos simultáneos pensar y ejecutar, sus ideas se convertían inmediatamente en hechos... Pertenece á esa clase de hombres que en el lenguaje común se designan con el dictado de *truenos*; pero más que el trueno, era el rayo.

No debía ser, por consiguiente, un ejercicio muy de su gusto la averiguación que Luis le proponía. Y ciertamente, los datos hasta entonces conocidos no eran excesivamente luminosos para despejar la incógnita del nombre que deseaba descubrir. No obstante, cerró los ojos y lanzó su imaginación aturdida por las obscuridades de su entendimiento. Andaba á tientas por los enmarañados caminos de su memoria, buscando una mujer conocida, indudablemente joven, y probablemente hermosa, capaz de infun-

dir en el alma de su amigo un amor á toda prueba; esta mujer era Hermana de la Caridad. Semejante circunstancia, que para otro habría sido un rayo de luz, era para Montero la mayor obscuridad; no había tenido nunca trato ni comunicación ni conocimiento con ninguna mujer capaz de ser monja. Por primera vez de su vida discurría formalmente, y sacaba por consecuencia que siendo Hermana de la Caridad, la habría conocido antes de que abandonara las delicias del mundo por las amarguras de los hospitales y las tristezas de la miseria. ¿Quién podía ser? Repasaba la lista de cuantas mujeres conocía, y no encontraba ninguna de quien pudiera sospechar resolución tan heroica.

Hay que tener en cuenta dos circunstancias para comprender sus dudas. Primera, que tenía de las mujeres una idea poco lisonjera; opinión de que participan los hombres afortunados, que por la vida que hacen sólo se encuentran á las mujeres que se pierden. Y segunda, que confinado en Canarias durante dos años, no se hallaba al corriente de muchas cosas que habían sucedido en Madrid en el transcurso de su ausencia.

Su imaginación, pues, se perdía en un laberinto de conjeturas, del cual no acertaba á salir, barajando impacientemente en su memoria todos los nombres de mujer que se encuentran en el calendario, y todos los apellidos, mas ó menos ilustres, que á la sazón llenaban el catálogo de la buena sociedad, pero no distinguía entre tantas combinaciones la combinación del nombre que buscaba... Huérfana, rica, Hermana de la Caridad... Repetía mentalmente estos tres datos sin conseguir nada. Su pensamiento impetuoso daba asaltos terribles, pero siempre era rechazado.

Luis y el maestro lo contemplaban en silencio; el primero con la sonrisa en los labios; el segundo con atento interés, porque el músico deseaba que Montero adivinara el nombre de aquella mujer, por pura bondad.

Montero al fin se cruzó de brazos, miró alternativamente á sus dos espectadores, y prorrumpió en estas palabras:

— Conocida la capacidad de un buque, dadas las millas que hace por hora y sabido el rumbo que lleva, averígüese el nombre del capitán... Señores, esto no es serio.

La formalidad con que pronunció la fórmula problemática que acabo de escribir despertó la hilaridad de las dos personas que lo escuchaban, y ambas soltaron la carcajada. Montero se echó también á reír, y dijo:

— La gracia consiste sin duda en que yo, con todos mis años y toda mi experiencia, me ponga muy formalmente á adivinar el nombre de una mujer á quien de seguro no conozco.

— Sí, la conoces — le contestó Luis. — La conoces tanto, que por su causa has estado á punto de hacer una de las tuyas.

— En efecto — añadió el maestro moviendo la cabeza como si marcara el compás.

— ¡Imposible! — exclamó Montero. — No hay en mi vida locura alguna que reconozca por causa á una mujer. Mis disparates han tenido siempre más sólido fundamento. Además, sería curioso que estuvieras tú enamorado como un cadete de la mujer por quien yo hubiera hecho una de las mías... Vamos, esto no tiene pies ni cabeza.

— Afortunadamente — prosiguió diciendo Luis — no pudiste realizar tus designios.

— Es muy cierto eso — dijo el músico. — El hombre propone y Dios dispone.

— Ya lo creo — añadió Luis. — Imagínate que á ti te debo la inmensa dicha de conocerla.

— ¡Qué estás diciendo!..

— Sí, tú fuiste el instrumento ciego que sirvió para que al fin se entendieran nuestros corazones. Sin ti probablemente no nos hubiéramos conocido nunca. No alabo el fe-

roz proyecto que concibió tu cabeza destornillada; era un intento criminal; pero, ¿qué quieres?, yo lo recuerdo con alegría y muchas veces exclamo: ¡Dichosa locura!..

Montero miraba á Luis con ojos desmesuradamente abiertos, como los abrimos cuando, rodeados de obscuridad, pretendemos sondear las tinieblas en que nos hallamos sumergidos..

— Hablas en griego — dijo, — porque te juro que no entiendo ni una palabra.

— Pues es muy sencillo — advirtió el músico. — Usted es la causa de todo... Usted fué el autor de la catástrofe..., por usted es ella Hermana de la Caridad. Usted los ha separado quizá para siempre..., por usted ha perdido el arte una voz prodigiosa, unas manos superiores y un talento musical incorregible, pero admirable. Me parece que la cosa es bien clara.

Montero se cruzó de brazos, y balanceándose sobre las puntas de los pies exclamó:

— Señores, con tan luminosos datos me sería más fácil descubrir la cuadratura del círculo que el nombre de esa mujer.

Luis se acercó á su amigo, y poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

— Siéntate.

Montero se sentó.

— Ahora — añadió — lee.

Y puso en sus manos un papel que en repetidos dobles llevaba oculto en un pequeño relicario, que pendiente de un cordón de seda se escondía debajo de la solapa del chaleco, viniendo á caer sobre el lado del corazón.

Montero desdobló el papel con desconfianza, y viéndolo escrito por las cuatro caras, dijo:

— ¡Demonio!.. Esto es un protocolo.

Y con la impaciencia natural de su carácter fué á bus-



Clavó los ojos en el primer renglón

car el fin de lo escrito antes de haberse enterado del principio.

— ¡Margarita!.. — exclamó, dándose una palmada en la frente sin acordarse de la herida que tenía en la cabeza.

— Y bien — añadió: — ¿Qué Margarita es ésta?

— Lea usted, lea usted — le dijo el músico; y encontrando la frase, digámoslo así, musical, que más se acomodaba al caso, añadió con aire satisfecho: — Carta canta.

Montero debió reconocer toda la fuerza de la observación hecha por el maestro, pues volvió el papel y clavó los ojos en el primer renglón, comenzando á dibujarse en su enérgica fisonomía las diferentes impresiones que la lectura iba causando en su ánimo.

El contenido del papel que tenía en sus manos empezó por sorprenderlo, y la expresión fruncida de su entrecejo decía bien claramente que no acababa de comprender lo que estaba leyendo. De repente debió iluminarse su entendimiento ofuscado, porque sus ojos chispearon, apretó los puños y el papel tembló entre sus manos, temeroso sin duda de verse aniquilado.

Poco á poco se fué disipando aquella tempestad muda y repentina que pasaba por el fondo de su alma. Se aflojó la amenazadora tirantez de su rostro, desarrugó el entrecejo, y continuó leyendo con vivo interés, con interés creciente y hasta tierno.

De vez en cuando respiraba con violencia por medio de aspiraciones y de inspiraciones profundas, formando una especie de suspiros prolongados, semejantes á los que exhala un fuelle lentamente dilatado y lentamente comprimido.

Terminó la lectura y dobló cuidadosamente el papel por sus mismos dobleces, y entregándoselo á Luis dijo:

— Jamás hubiera adivinado lo que acabo de saber... Si me lo hubieran dicho no lo habría creído, y puesto en la necesidad de creerlo, habría sido para mí un hecho inexplicable. Sólo leyendo esta carta he llegado á comprender cómo la señorita de Miramar ha podido concebir la idea y realizar el proyecto de hacerse Hermana de la Caridad; porque no sé..., no sé qué fibra oculta de mi corazón se ha conmovido con la lectura de esa carta.

Diciendo esto, dejaba ver el semblante más pálido que de ordinario. Su voz dura y firme descubría en este momento inflexiones dulces, parecía agitada por un temblor casi imperceptible, y su mirada imperiosa, burlona y atrevida, había perdido algo de la arrogante majestad que daba á su fisonomía la expresión de la audacia.

Mostrábase Luis complacido del efecto producido por

la lectura de la carta, y contemplaba al coronel Montero con el interés del médico que examina en el enfermo los síntomas favorables producidos por la eficacia del medicamento que acaba de administrarle. Sin duda advierte en la emoción de su amigo los primeros síntomas de una reacción victoriosa; la carta de Margarita ha obrado en su espíritu como un revulsivo, y no es más que la primera dosis.

Por su parte el músico mira á uno y á otro, sin determinarse á romper el silencio de aquellos compases de espera.

— Muy bien — exclamó al fin Montero. — Comprendo la resolución de Margarita; por rudo que sea mi entendimiento, no se me oculta la noble delicadeza de semejante modo de sentir. Bueno..., ella está en su lugar..., y yo... la admiro. Pero por más vueltas que le doy al asunto, no concibo cómo ha podido realizar el proyecto de esos votos temerarios... Después de esta carta, á los dos años de haberla escrito, te encuentro aquí cruzado de brazos, mano sobre mano, dándole tormento á su recuerdo, mientras ella... Vamos..., esto es una cosa que no alcanzo.

El músico inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y Luis, dirigiéndose á Montero, le hizo esta pregunta:

— Y bien, en mi lugar, ¿qué hubieras tú hecho?

— ¡Yo! — exclamó Montero, poniéndose de pie y tendiendo los brazos como si fuera á ejecutar lo mismo que pensaba. — Yo hubiera removido el cielo y la tierra..., me hubiera interpuesto entre ella y su intento, la habría apartado de su propósito, y en el último extremo, la habría robado de su casa ó de su celda. Lo mismo me da.

— ¡Un rapto! — murmuró el maestro, viendo en su imaginación el cuadro dramático de una gran situación musical.

— Un rapto — repitió Montero con firmeza.

— Eso significa — dijo Luis — que necesitas conocer la historia por completo.

Hablaba así abriendo un pequeño estante que contenía varios volúmenes esmeradamente encuadernados, que formaban una biblioteca escogida de obras literarias, cuyo catálogo no era muy largo. Del fondo del estante sacó un libro, que era el primer tomo de las obras de Santa Teresa de Jesús, el cual se abrió por sí mismo, descubriendo la página en que cuenta la Santa cómo dejando las vanas felicidades del mundo se consagró á Jesucristo. Entre estas páginas había un papel doblado, puesto como una señal, y Luis lo sacó del libro, lo desdobló, y presentándoselo á Montero, le dijo:

— Toma..., lee este segundo protocolo; es la segunda parte de la historia.

Tomó Montero el papel que le presentaba su amigo, y comenzó á devorar los renglones que contenía, moviendo los labios en diversos pasajes, como si necesitara la pronunciación muda de las palabras que leía para comprender todo el sentido que encerraban.

Cuando terminó la lectura devolvió el papel á su amigo, y se quedó mirándolo con ojos de admiración profunda.

— Esto es — le advirtió Luis — lo que yo hice; esta fué la respuesta que dí á la carta de Margarita. Después de escribirla, tuve que hacer un esfuerzo supremo para enviarla á su destino, y saqué esta copia para conservarla como un título... de mi valor... ¿Qué tienes que decir?

— Nada — contestó Montero con voz apagada. — Tres veces me has vencido..., y te aborrecería con toda mi alma si no te quisiera con todo mi corazón... ¡Ah!.. Eres invencible.

Mediaron algunos minutos de silencio, durante los que Montero se mordía afanosamente las uñas, mientras Luis,

acercándose al oído del músico, que tenía un excelente oído, le dijo en voz baja:

— Esta es la segunda dosis de la medicina que ha de curar su alma.

Salió al fin Montero de la honda reflexión en que parecía sumergido, prorrumpiendo en estas palabras:

— Tenemos que Margarita salió de Madrid y cumplió su propósito haciéndose Hermana de la Caridad.

— Sí — contestó el músico, dando el *si* más triste de la escala. — A los tres meses murieron en muy pocos días los señores de Miramar, y Margarita entonces realizó su proyecto pronunciando los votos por dos años.

— ¡Por dos años! — exclamó Montero.

— Sin duda alguna — añadió el maestro. — Estoy seguro de ello.

— Dos años — repitió, — que deberán cumplirse por ahora.

— Eso es..., día arriba, día abajo, deberán cumplirse á mediados del mes que entra. Fué en julio, y aún podemos saber el día fijo, porque Luis conservará el periódico francés que nos llevó la noticia... Nosotros estábamos en Ginebra.

— Y bien — exclamó dirigiéndose á su amigo, — ¿esperas que sea ella la que venga á buscarte?

— No lo espero — contestó Luis.

— ¡Lo justo es que seas tú el que vayas á buscarla! ¿Qué! ¿Esperas, entonces, que te caiga por la chimenea?

— Espero que renueve sus votos.

— Luis, tú no amas á esa mujer.

— La amo más que á mi vida, mucho más..., como amo á mi madre.

— ¿Y por qué la abandonas?

— ¡Abandonarla! — exclamó Luis con tristeza. — Por grande, por legítimo que sea el amor que siento por ella, ¿tengo acaso derecho á arrancarla de las santas ocupacio-

nes á que ha consagrado su vida?.. ¿Puedo yo, en nombre de un amor egoísta, de una pasión ciega, apartarla del camino, áspero sin duda, pero glorioso, por donde la conducen sus heroicas virtudes? ¿He de robar á los enfermos que cuida, á los pobres que socorre, á los huérfanos que educa, é instruye su ardiente solicitud, sus tiernos desvelos, su maternal amparo?.. No. Y por otra parte..., ¿sería más dichosa? ¿Qué puedo yo ofrecerle?.. Las inquietudes, las agitaciones y los peligros del mundo, en cambio de la paz de su alma. No; la Providencia ha dispuesto así las cosas, y me someto sin réplica á sus sabios designios.

— ¡Demonio! — gritó Montero impaciente. — Hablas de un modo que no hay manera de contradecirte. Pero vamos al caso — añadió rascándose la frente. — Sí..., esto es...; sí..., es muy sencillo... Si la Providencia, como tú dices, en sus sabios designios dispusiera las cosas de otro modo..., si Margarita no renovara sus votos, si volviera al mundo..., ¿me entiendes?.. ¿Quieres hacerme el favor de decirme qué harías?

— Entonces — dijo Luis con triste sonrisa — haría lo que tú me dijeras.

— Cójale usted la palabra — se apresuró á decir el músico.

No sé qué palabras iría á pronunciar Montero, porque al poner en movimiento la lengua, se detuvo, quedándose con la boca abierta.

La madre de Luis había entrado de repente, y clavando con viva ansiedad los ojos en Montero, puso el índice de la mano derecha sobre sus labios imponiéndole silencio. El maestro se levantó al ver á la señora de la casa; Luis se acercó á su madre, y ante aquella seña expresiva Montero permaneció mudo.

## CAPÍTULO V

### EL COMISARIO DE POLICÍA

Luis debió advertir en su madre señales de inquietud, pues acercándose á ella le preguntó con admiración:

— ¿Qué ocurre?..

La señora cogió la mano de su hijo, oprimiéndola expresivamente, y alzando la voz más de lo necesario para ser oída por la persona á quien se dirigía, dijo:

— Luis, en la sala hay un caballero que muestra vivos deseos de verte.

— ¡Un caballero!.. — exclamó. — ¿No ha dicho su nombre?

— No... Y en verdad que no se lo he preguntado... Es persona que no he visto nunca en casa.

Hablaba así gesticulando de un modo particular, cuyo sentido ninguno de los tres entendía.

— ¿Dice usted que está en la sala? — preguntó Luis.

— Sí — le contestó su madre. — En ella te espera.

La sala era la habitación inmediata á la en que se encontraban, y la puerta de comunicación entre ambas estaba abierta. Así es que Luis al salir del gabinete pudo ver á un hombre de aspecto vulgar, que con el sombrero en la mano se entretenía en examinar atentamente los cuadros que adornaban las paredes, en cuyo examen se iba acercando poco á poco á la puerta del gabinete.

Tan embebido estaba en la contemplación de los cua-